

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Ligeros juegos étlicos de madurez

Autor/es:
Quintana, Angel

Citar como:
Quintana, A. (1999). Ligeros juegos étlicos de madurez. La madriguera. (16):56-57.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41752>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Ligeros juegos etílicos

Ligeros juegos etílicos

de madurez

de madurez

Ángel Quintana

Cuento de otoño

Eric Rohmer

Eric Rohmer cierra un nuevo ciclo de su obra *Cuento de otoño*. Una película resumen de sus preocupaciones. Tomando el vino como la clave que determina las diferentes acciones de los personajes, Rohmer teje una sabrosa comedia de seducciones en la que las acciones exteriores acaban demostrando la ambigüedad de los deseos cuando éstos son confrontados al inexorable devenir del tiempo.

En cada uno de los cuentos de las cuatro estaciones de Eric Rohmer existe una especie de figura mítica que transita por los intersticios de las imágenes hasta acabar marcando el tono del relato. Dicha figura actúa como si fuera la clave musical a partir de la cual se organiza todo el trabajo de la puesta en escena. Mientras *Cuento de verano*, la anterior propuesta de Rohmer, parecía ajustarse a las aventuras marítimas, a esos romances de piratas que poseen una novia en cada puerto y convierten el amor en una continuación de la aventura, el *Cuento de otoño* se ajusta a una cierta clave dionisiaca que encuentra en el dios Baco su principal fuente de inspiración (y embriaguez).

Rohmer filma su *Cuento de otoño* en el valle del Ródano, durante la época de la vendimia y convierte a una de las protagonistas, Magali –Béatrice Romand– en dueña de una vasta extensión de viñedos. Una de las secuencias más bellas de la película nos muestra a Magali mostrando sus dominios a su amiga Isabelle –Marie Rivière– y declarándose dueña absoluta de ese territorio. Todo paisaje físico de la película está determinado por la presencia de las viñas y por la mole de cemento de una central nuclear que se impone como una desafiante amenaza. El paisaje social de la película también aparece condicionado por el vino, esa especie de néctar divino de las bacantes. La parte final del metraje de *Cuento de otoño* transcurre durante una fiesta en la que se bebe y en la que una orquesta de músicos occitanos canta una vieja canción popular sobre el poder milagroso del vino.

La primera escena de *Cuento de otoño* ya nos advierte de la importancia que el vino ejerce como motivo central de la película. La escena nos muestra a Isabelle, que está organizando en familia los preparativos de la boda de su hija, Emi-

lia. El tema de su conversación son las botellas que deberán comprar en casa de Magali. La primera imagen es un plano medio de Grégorie –el futuro yerno de Magali– que degusta una botella de *Côtes du Rhone* y afirma: “Es excelente, pero en principio, son mis padres los que deben ocuparse del vino”. En el transcurso de la película, la madre, Isabelle, se ocupa de comprar el vino en casa de su amiga Magali, pero también de tejer una sofisticada conspiración cuyo motivo principal reside en provocar las condiciones oportunas para que se produzca un acto de seducción en el transcurso de la fiesta de la boda. A diferencia de las comedias shakespearianas en las que el vino actúa como un elixir mágico capaz de transformar la realidad, en el *Cuento de otoño* su función mágica es muy tenue y resulta difícil de percibir. El vino altera ligeramente los estados de ánimo, actúa como una especie de filtro que condiciona la visión y convierte la realidad en más ambigua y desconcertante.

Durante la fiesta de la boda, los deseos entran en conflicto con la razón, se generan extrañas tensiones y se producen pequeños milagros. En la atmósfera ligera que acompaña a los movimientos de los actores se destila un leve halo de embriaguez. La última conversación que Magali –el objeto de seducción– tiene con su eventual seductor –el maduro Gérauld– deja entrever una posible cita futura. El eje conductor de sus palabras vuelve a ser el vino. Ambos se emplazan para la *reboule*, la fiesta que se organiza en la región para celebrar el fin de la vendimia. Finalizada esta pequeña conversación, Rohmer nos muestra a Magali despidiéndose de su amiga Isabelle a la que reconoce que esa noche no se encuentra muy en forma para seducir a quien sea: “Si él me quiere y yo lo quiero, ya se verá.” Mientras la banda de músicos entona la canción occitana sobre los misterios del vino, Isabelle recupera a su marido Jean-Jacques con el que baila. La última imagen de la película es una inquietante mirada de Isabelle a cámara en la que destila una especie de amargura que rompe con el aparente clima de felicidad. ¿Qué significado posee esa inquietante mirada?

Cuento de otoño desarrolla en la filmografía de Eric Rohmer la función de película resumen, en la que confluyen las principales obsesiones de su carrera y se abren posibles nuevos campos de investigación. Su papel respecto a la serie de



los *Cuentos de las cuatro estaciones* es parecido al que *L'amour a l'après midi* ejercía como síntesis de las claves de los *Cuentos morales*. Al igual que el *Cuento de primavera*, Rohmer nos cuenta la historia de un posible complot, en el que un personaje decide, mediante un acto de puesta en escena, el futuro amoroso de otro personaje. Esta lógica del complot, que se encuentra presente en diferentes títulos de la filmografía de Rohmer, alcanza en *Cuento de otoño* una significación especial. En primer lugar, porque el complot tiene por objetivo el de diseñar una posible futura boda de Magali, una mujer madura y solitaria. Rohmer deja que dicho personaje sea interpretado por Béatrice Romand, la chica que en *Le beau mariage* construía su propio acto de puesta en escena de la realidad al pensar con que el mundo podía llegar a adecuarse a su sueño infantil de un príncipe azul. En segundo lugar porque, en vez de tejerse un sólo complot, se tejen dos complots de características absolutamente divergentes. La primera maquinación es llevada a cabo por una jovencita idealista que quiere relacionar a Magali con su maduro profesor de filosofía. El segundo complot es el complot de la madurez. Isabelle

se pone a prueba a sí misma asumiendo el papel de Magali, gestionando una cita y comprobando hasta qué punto es capaz, pese a su madurez, de llegar a seducir a un hombre de su edad. La representación de Isabelle tiene un componente trágico, ya que cuando se desvelan las diferentes máscaras acaba haciéndose evidente de que alguna cosa se ha perdido para siempre. El desconcertante plano final de Magali evidencia su tristeza hacia la cámara, refleja el eterno conflicto entre el ser –aquello que fuimos o soñamos– y el devenir –lo que realmente somos–. Quizás, la esencia de este conflicto constituye el gran tema de *Cuento de otoño* en el que, tras la historia de un personaje solitario –Magali– al que se construye la puesta en escena su propio futuro, surge el destino inexorable de otro personaje, Isabelle, que comprueba cómo las posibilidades de su futuro feliz se han escapado para siempre. No es ninguna casualidad que el *Cuento de otoño*, auténtica obra cumbre de la filmografía de Eric Rohmer, sea una historia protagonizada por personajes maduros que se conforman o se resisten a aceptar su propio devenir. Mientras, la juventud bebe el vino que han vendimiado sus padres... ♦